



«Este museo es ahora más necesario que nunca»

El Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo de Vitoria recibe a sus primeros visitantes con una emocionante catarsis colectiva del recuerdo

JORGE BARBÓ



Emoción. Francisca, la primera visitante, frente al uniforme de Díez Elorza.

El cuerpo, los huesos, los músculos, también tienen memoria. Francisca volvió a sentir ayer aquel latigazo súbito que le recorrió la espalda a las 16.38 horas del 22 de febrero de 2000. Estaba sentada a la mesa camilla, algo traspuesta después de comer, cuando aquel bombazo sacudió su casa, en la calle Nieves Cano de Vitoria. Los terroristas de ETA acababan de hacer explotar una furgoneta cargada con 20 kilos de explosivos para acabar con la vida del socialista Fernando Buesa y de su escolta, el ertzaina Jorge Díez Elorza.

A ella, aquel estallido le dejó las cervicales inmóviles durante días. Ayer, tantos años después, se echaba la mano de nuevo a la parte baja del cuello frente al panel del nuevo Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo de Vitoria en el que se recuerda el asesinato del político vasco y su escolta. Ante las fotografías del atentado, ante el uniforme del agente asesinado, las escápulas, el trapecio de Francisca volvía a contraerse al tiempo que una conexión, un chisporrotazo que creía perdido en su memoria, le

volvía a hacer revivir el horror que respiró cuando, aquel día, bajó a la calle. «El ruido, el humo y toda esa gente corriendo hacia la explosión y ese hombre que vi, con un jersey beige, alejándose en sentido contrario... ¡Qué horrible fue aquello».

«Parece que lo que se explica pasó hace mucho y ya toca hacer borrón, pero hemos sufrido como perros», dice un visitante

Esto, esta especie de intensa catarsis de la memoria, provoca la visita al nuevo museo. Francisca, cacereña, viuda de militar, fue la primera en franquear las puertas del Memorial, que se abrió ayer al público tras la inauguración oficial del martes. Tras ella, una decena de personas aguardaban para adentrarse en un recorrido «muy difícil, pero muy, muy necesario y ahora más que nunca, que algunos se empeñan en que todos nos olvidemos de lo que pasó», comentaba, con la voz queda, María Juana García, vecina «de toda la vida» de Fernan-

Impactante.

El centro recibe con testimonios de familiares de víctimas.

IGOR AIZPURU

do Buesa. Ella no pudo evitar estremecerse al entrar en esa suerte de zaguán del recuerdo, en esa sala de proyecciones en la que familiares de víctimas de la barbarie terrorista relatan todo su dolor sin un ápice de odio, sin rasro de revancha. «Al escuchar todo esto, es que se me remueve algo por dentro... es que fueron demasiados años sufriendo», atinaba a añadir la mujer.

Como María Juana, como Francisca, daba la sensación de que muchos de los primeros visitantes del Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo acudían queriendo encontrar respuestas en esas salas, entre esos objetos personales de los asesinados, los artefactos que los terroristas utilizaban para imponer su dictadura. Todo en vitrinas, como restos arqueológicos, siguiendo una cronología del dolor, de un pasado, sin embargo, todavía muy reciente. Tanto que todavía supura. «Ahora parece que todo lo que se explica aquí pasó hace mucho tiempo, que nos tenemos que olvidar ya y hacer borrón, pero no, esto fue hace cuatro días y lo sufrimos todos como perros», recordaba Armando, ojos vidriosos, voz temblorosa, rabia contenida.

Un zulo que remueve

Pero, desde luego, si algo impactó a los primeros visitantes del Memorial fue esa recreación, tan exacta, del zulo, de ese agujero claustrofóbico en el que el funcionario de prisiones José Antonio Ortega Lara se pasó 532 días enterrado en vida. Golpea en la boca del estómago del visitante. También a los que todavía ni siquiera habían nacido aquel enero de 1996, cuando ETA lo secuestró. «De la historia de este hombre sé lo justo, pero no tenía ni idea de lo que pasó en realidad», reconocía Alexa Quintero, de 20 años. Como ella, muchos jóvenes van a recibir aquí una valiosa lección de memoria histórica.

«Es tremendo, horrible lo que tuvo que pasar ese hombre, la sensación es horrorosa al estar allí dentro y eso que sólo he estado dos minutos dentro», comenta, emocionada, Alicia Robador al salir del zulo, por esa puerta en la que es necesario agacharse, con una especie de genuflexión. «¿Qué tuvo que sentir ese hombre? ¿Cómo pudo vivir creyendo cada día que no iba a salir con vida?», se cuestionaba Jesusa Rodríguez, también al salir de ese zulo. Igual aquí, a este Memorial, Jesusa, viene a eso, más que a encontrar respuestas, a plantearte preguntas, a enfrentarte a ellas. Por muy difíciles que sean. Por muchas punzadas de dolor que vuelvan a traer.